

QUINTO CENTENARIO

UNA AFIRMACIÓN

Por Antonio Fontán

AY momentos en la vida de los pueblos en que el ritmo de los sucesos se acelera, los acontecimientos se acumulan y parece que el curso del tiempo se dispara, sin acompañarse a la regular y cadenciosa monotonía del calendario. Es lo que ocurrió en España el año 1492, del que ahora se conmemora, con tan ruidosa fanfarria, el quinto centenario.

El primero, por orden cronológico, de los grandes acontecimientos hispánicos del 92 fue la «toma» de Granada, con el consiguiente final de la Reconquista y la recuperación de la unidad cultural y política del país. El segundo, el descubrimiento de América, que abrió una nueva era de la historia para España y para el mundo y dio lugar a que nada menos que un inmenso continente se sumara al hemisferio de la civilización cristiana y occidental.

Ni una cosa ni otra fueron obra del azar, sino de la voluntad y del propósito.

Los méritos han de atribuirse a numerosos personajes, entre los que ocupa un lugar particularmente señalado el propio descubridor, Colón. Pero, por delante de los demás protagonistas, en el orden de las valoraciones, ha de situarse a los monarcas, Fernando e Isabel.

España, el primer Estado-nación de la Europa moderna

Bajo los Reyes Católicos, y por obra principalmente suya, la Monarquía de España se convirtió en Estado y su pueblo en nación.

Estado y nación son dos creaciones europeas que luego se han extendido por los otros continentes, al

paso de la civilización, con los benéficos efectos que toda persona razonable y cultivada reconoce.

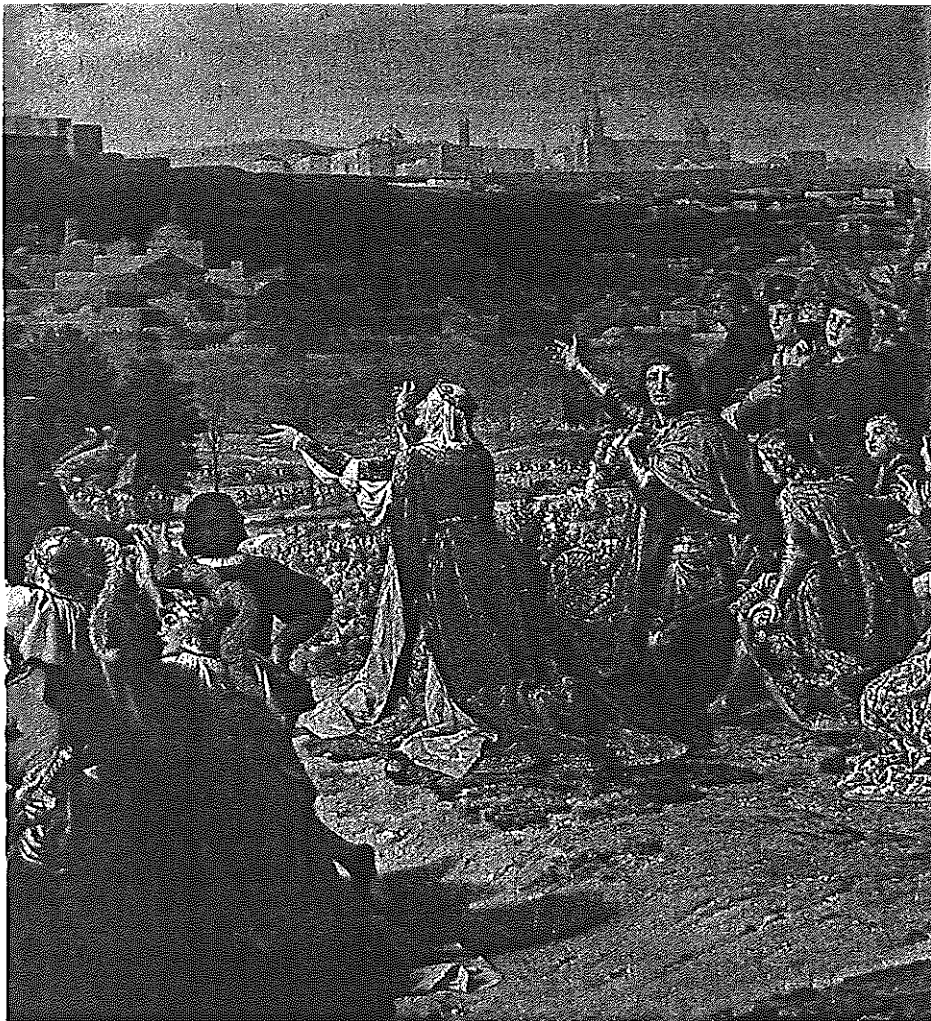
Aplicados a las realidades políticas de finales del siglo XV, los términos Estado y nación no significan exactamente lo mismo que ahora, cuando el Estado, a diferencia de entonces, tiene mucho más poder que la propia sociedad de que ha emanado, y la palabra nación se emplea, especialmente entre políticos españoles de estos años, en dos acepciones distintas.

Por un lado, con su valor de siempre, de comunidad humana políticamente constituida en Estado. Por otro, se llama nación a un pueblo con entidad cultural singularizada, que por obra de la historia se encuentra asociado con otros en el seno de un verdadero Estado-nación. (Algunos dicen «naciones sin Estado», pero eso sería otra cosa.)

Sin embargo, llamar nación a la España de los Reyes Católicos es correcto y apropiado. La monarquía hispánica, con sus varios reinos y coronas, era una entidad política unitaria y soberana. Desde ella se dirigía la gobernación interior de un vasto territorio y se desplegaba una acción exterior —diplomática, militar, económica, cultural— en relación con otros pueblos, príncipes, repúblicas y ciudades que, en principio, eran «el extranjero» y la gente lo sentía como tal.

La unidad orgánica de la sociedad política, la identidad hacia dentro y la diferencia con lo de fuera, más una cultura compartida y «convivida» (cuyos símbolos hace cinco siglos fueron la corona y la cruz) son los elementos sustanciales de lo que la filosofía política occidental entiende por nación y por Estado.

La administración de la monarquía española de entonces comprendía también una red de funcionarios gubernativos y judiciales aparentemente heterogé-



Los Reyes Católicos a la vista de Granada. Cuadro de Ribera en la catedral de Burgos

OS cronistas de la Corte relatan con sobriedad la conquista de Granada y la consideran un regalo «de la providencia divina a los reyes, que tornaron victoriosos y bien afortunados, con tanto triunfo de honra y bienaventuranza»

nea, pero disciplinada y efectiva, que se extendía por todo el territorio. Había unos ejércitos de diverso origen y variadas formas de reclutamiento, pero siempre obedientes a la cúpula del poder. Existía, además, una política cultural y exterior común. Gobierno, defensa y política son las tres principales dimensiones de la acción de los Estados nacionales en la Edad Moderna.

El fin de la Reconquista y la unidad de España

El lunes 2 de enero del 92, los heraldos de Castilla remolaban el pendón de Fernando e Isabel en la torre de Comares de la Alhambra. A petición del propio Boabdil, la entrega de Granada se adelantó unos días a la fecha prevista, que era, según dicen los cronistas, la fiesta de los Reyes Magos.

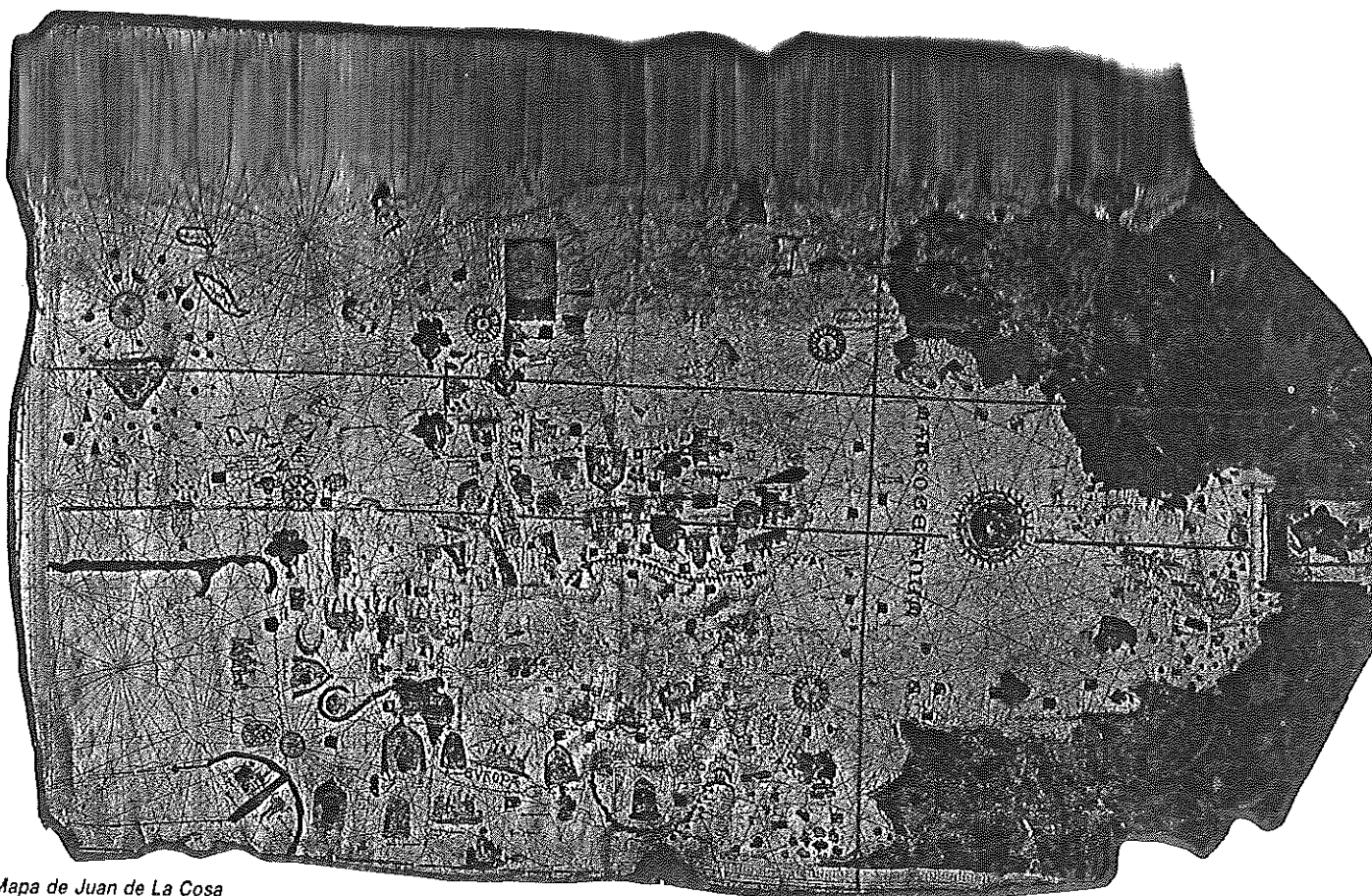
La guerra, realmente, había terminado a fines del 91, cuando los moros «se dieron a partido», suscri-

biendo un acuerdo y entregando rehenes, mientras los cristianos permitían que la capital volviera a abastecerse.

Pero lo que vale, como emblema o símbolo, es la fecha de la solemne rendición de la ciudad. El rey moro, tras poner en manos del Católico las llaves de la fortaleza, partía hacia las tierras que se le habían adjudicado, como retiro o como confinamiento, en el valle de Purchena, a treinta leguas de Granada y a orillas del Almanzora, en la actual provincia de Almería.

Los cronistas de la Corte relatan con sobriedad la conquista de Granada y la consideran un regalo «de la providencia divina a los reyes, que tornaron victoriosos y bien afortunados, con tanto triunfo de honra y bienaventuranza» y «así dieron glorioso fin a su santa e loable conquista», habiendo visto «sus ojos lo que muchos Reyes y Príncipes desearon ver».

Con más perspectiva temporal, un siglo más tarde, el Padre Mariana se detiene morosamente en narrar el hecho de la «toma» y en reseñar las fiestas y rego-



Mapa de Juan de La Cosa

cijo de las celebraciones en ciudades y provincias en la propia Roma, donde todavía era Papa Inocencio VIII, el predecesor del hispano Alejandro VI, que subiría al solio pocos meses después.

Pero mayor significación que los textos de los historiadores posee la interpretación de los intelectuales contemporáneos.

El más notable y representativo de los universitarios españoles de la época es Antonio de Nebrija. En una obra impresa en el mismo 1492 habla «de la monarquía y paz de que gozamos, primeramente por la bondad y providencia divina; después por la industria, trabajo y diligencia de vuestra real Majestad (la reina Isabel); en la fortuna y buena dicha de la cual, los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de Reino, la forma y trabazón del cual, así está ordenada, que muchos siglos, injuria y tiempos no la podrán romper ni desatar».

Descubrimiento de un mundo: el «orbis novus»

En el mismo 92, a 12 de octubre, una de las carabelas de la pequeña armada colombina, la *Pinta*, que «era más velera e iba por delante de la nao del almirante, halló tierra e hizo las señas» convenidas. Fue el descubrimiento de lo que acabaría viéndose que era el inmenso continente que un humanista ita-

liano, ya en el 93, empezó a llamar *Orbis novus* «Nuevo Mundo» y que finalmente recibiría el nombre de América.

El feliz resultado de la primera hazaña descubridora no fue conocido en la Península hasta final de febrero del 93, cuando Colón, que regresaba a bordo de su segunda carabela, la *Niña*, pudo dar noticia de sí y de su navegación tras llegar a las Azores; poco después a Lisboa, y, por fin, el 4 de marzo a Palos, desde donde se encaminó por tierra a Sevilla.

Casi al mismo tiempo, Martín Alonso Pinzón, con la otra carabela, la *Pinta* descubridora, arribaba a La Coruña y enviaba también su mensaje a la corte, entonces en Barcelona.

La carta de Colón al ministro real, Santángel, contando su aventura para conocimiento de los Reyes, se imprimió, a poco de llegar en la propia Barcelona, antes de que el almirante, con sus indios y sus exóticos presentes, fuera recibido por los monarcas. Tanta diligencia en dar a conocer por medio de la novedosa técnica de la imprenta el viaje y su buen fin, pone de manifiesto que, desde el primer instante, los soberanos y sus ministros supieron valorar la importancia del hecho, y que la administración disponía de las que entonces eran las técnicas más modernas de comunicación con los agentes del poder y con la opinión ilustrada.

Muchos de los más señalados sucesos que ocurren en el devenir de las naciones son, total o muy princi-